

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Si desea estar con *González*, envíe su colaboración al correo electrónico:
hojagonzalez@gmail.com

ARCHIVO: <http://areadeproyectos.org/gonzalez>

lunes 31 de enero, 2011

enviado a hojagonzalez@gmail.com por María Paula Rodríguez

El País de la fe y la desesperanza

Vivimos hoy en un país de contrastes. Montañas, playas, desiertos, selvas, bosques y páramos se unen en un solo territorio. Es una Nación de agua y de sangre. Somos de los países con mas recursos hídricos con que fertilizar la tierra y de los que más sangre hemos derramado sobre ella. Tierra fértil a base de pérdidas humanas; como Mateo y Margarita, que no quedan impunes y que salen a la luz; y como aquellas que todo el mundo escucha en rumores pero nadie se atreve a confirmar por miedo a tener que denunciar, “sapear”, arriesgar la vida por una justicia que lleva cojeando demasiados años y aun no termina de llegar.

Es este el país que recibió a mi generación: una que tiene impulso para vivir, ganas de superar a sus antecesores, que le gusta hablar de política, pero que carece de acción. Hemos olvidado lo que los movimientos estudiantiles consiguieron en épocas pasadas y nos hemos resignado a discutir en nuestros círculos los pequeños disgustos que tenemos con la vida, con el gobierno, con la política, con el país. No salimos de ellos porque somos presa de la represión, del miedo, si dices lo que piensas te pones en riesgo y te han criado para mantenerte fuera de él. Recorremos nuestra ciudad solo por los barrios “seguros”, no sacamos el celular en un lugar público por miedo a antojarse manos rápidas, caminamos con miedo y vivimos la pesadilla de la inseguridad. Ninguno de nosotros recuerda haber salido a jugar libremente a un parque que no fuera de un conjunto cerrado, y aprendimos desde niños que incluso el recorrido a la tienda de la esquina era una carrera de obstáculos que solo superaríamos solos después de ser grandes.

Así debieron crecer Mateo Matamala y Margarita Gómez. Como niños de ciudad, como parte de un mundo en el que la violencia urbana nos amamantó y en el que descubrimos la violencia generalizada mucho después, cuando la política empezó a parecernos importante, cuando preguntamos que significaba ELN, FARC, AUC, quienes eran los guerrilleros, donde estaban... A mi cuando pequeña siempre me pareció especialmente importante cómo era que los noticieros siempre parecían saber donde estaban los guerrilleros (dado que siempre había tomas de ellos caminando por la selva) y el ejercito no parecía tener pistas. Aprendimos a salir del país o a conocer extranjeros y a defender la honra de nuestra patria cuando ellos preguntaban por la violencia, decidimos decir que esto no era una guerra, que era una tierra hermosa, que no era tan insegura como parecía, que todo se trataba de tomar precauciones, que valía la pena, que debían verlo por sus propios ojos, que era el paraíso tropical.

Fue un voto de fe silencioso, pusimos nuestra confianza en que no nos iba a pasar, en que el miedo era exagerado, en que la fama era mas que la realidad, y así surgieron personas como ellos dos. Jóvenes dispuestos a dar su carrera por este país, a renunciar a riquezas prometidas por otras tierras, a negarse a formar parte de la fuga de cerebros,

González es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de “uniandes.edu.co” y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

decididos a luchar por el hoy, por el aquí, por el nosotros. Nosotros los colombianos somos mejores de lo que se dice; no todos somos malos, nosotros también somos personas de bien. Criados entre el miedo, la sobreprotección, la ausencia de seguridad; crecimos para luchar contra ello. Quizás por eso nos alegramos y creímos que ya podíamos visitar nuestro país con seguridad, que al fin podíamos viajar, que nuestros hermanos pequeños podían ir a la tienda de la esquina, que no habría mas corrupción, que este paraíso al fin era cierto. Es más fácil tener fe en esta patria ingrata que vivir en ella y no tenerla.

Fue esa fe que yo tengo y esa entrega a este país, a su naturaleza y a su vida, lo que llevó a esa pareja a San Bernardo del Viento. Los condujo a su fin pero estoy segura que si ellos aun vivieran y esto hubiera sido otro tipo de experiencia; como un secuestro, insistirían en que valió la pena. Que aún vale la pena. Sin embargo hoy me agobia una sola angustia, la de la imagen del momento en que los mataron. No fue de lejos, le vieron la cara a su asesino, lo vieron levantar el arma, lo vieron decidir. Esa persona hizo una apuesta en contra a todo en lo que ellos creían, mató a uno y luego a otro. Sus últimos instantes de vida deben haber sido la desesperanza, la claridad de que ahí quedaba todo, que su confianza en la bondad de esa persona había sido perdida, que no mostró piedad por ellos. ¿Perder la fe en su asesino los habrá hecho perder la fe en este país? ¿Habrá sentido naufragar su amor por esta patria en ese camino desolado?

Lo cierto es esto, el asesino de Margarita Gómez y Mateo Matamala les quitó todo lo que pudieron ser solo por miedo a quienes pudieran ser.

Se equivocó, no debió temerle a lo que eran, sino a lo que serían. Los convirtió en mártires de una guerra, abrió la puerta a la lucha por recuperar Córdoba, pero sobretodo le recordó a toda una generación, a la mía, que en nuestra imaginación de país, en la patria que deseamos construir, no hay cabida para personas como él ni de su tipo. Que no teman que seamos agentes de la SIJIN, del DAS, ejército, batallón de alta montaña. Que teman que seamos de una generación con una apuesta tan alta por este país que entregaríamos la vida por él, que no vamos a dejarlo en manos de personas como ellos, que aspiramos a construir un país mejor, que le debemos a cada una de las personas que caen en él día a día la sanación de nuestra patria. Que nos teman por una única razón: podrán probarnos día a día que aquí solo hay miedo, que lleva a la gente a los peores actos. Podrán herirnos en el corazón, podrán atacar a nuestros amigos y compañeros, podrán adentrarse en nuestras casas y seguir diciéndonos que debemos temer, pero los que sigamos vivos, los que estudiemos, los que trabajemos, los que nos despertemos en este país todas las mañanas seguiremos teniendo fe. Fe e imaginación para desear un país libre de ellos, un país como el que Mateo y Margarita desearon construir. Se lo debemos a ellos y a mil anónimos más.

—María Paula Rodríguez

La Piedrita

I. La Plaza

Había hace poco un niño que vivía en este pobre pueblo olvidado por todos. A él le gustaba aventurarse entre las solitarias calles y mancharse de aquel polvo rojizo y seco que a menudo ensuciaba los blancos muros de las ancianas casas.

Fue así una tarde que, mientras se adentraba en un callejón que jamás había recorrido, encontró escondida entre los angostos recovecos blancos una plaza. Era cuadrada y pequeña, rodeada de cuatro casas cuyas espaldas blancas parecían formar una fortaleza fría y solitaria alrededor de un prado verde esmeralda. Parecía que allí llegaba sólo la lejana luz de un sol de estío callado.

En el centro del prado se alzaba solitaria y amenazante una estatua en piedra de color crema. Curioso, el pequeño se acercó. Leyó sobre la piedra el nombre del fundador del pueblo: Rogelio de Jesús Castellanos. Un señor que antaño fue importante, venido de las gentes de la capital. El niño miró la insensible cara de piedra con cierta mirada inocente, y en ella no vio nada de especial.

Pero notó algo enredado entre los duros crespos de Rogelio. Cuando movía su mirada hacia un lado -contra el sol-, aquello que había ahí brillaba centelleando azul y verde contra la luz. Si volteaba para el otro lado, de repente parecía reflejar otro tipo de luz, que era blanca y cálida. A veces parecía ser de superficie lisa y mate, como una piedrita, y otras veces era pulida y parecía cortada como una fina joya. Entonces aquél objeto se le hizo hermoso y lo llamó su piedrita; y la quiso. La quiso como cuando se quiere mucho un dulce, al punto de llorar por él.

Comenzó entonces a intentar encaramarse en la corrugada piel de Rogelio, pero la polvorosa textura resultó resbalosa y sus pequeños bracitos no alcanzaban a agarrarse de los lejanos y sólidos brazos, que reposaban heroicamente sobre la cintura de la estatua. Sus intentos eran en vano, y pronto se dio cuenta que trepar sin ayuda no resultaría. Bajó así de los pies de Rogelio y miró atento a su piedrita, pues aún sentía un fuerte deseo de poseerla.

Miró alrededor, buscando a alguien que pudiera impulsarlo, pero se dio cuenta que la única otra persona que había allí era el callado y olvidado Rogelio. Entonces llamó, pero recibió como respuesta su propio eco, pues ni siquiera el viento soplaba entre aquellas paredes mudas. Sin embargo notó que de la esquina opuesta a él había otro callejón que no había visto antes.

Determinado a poseer la piedrita, se adentró en aquél callejón en busca de algo o alguien que pudiera serle de ayuda. Caminaba rápido por entre las altas paredes blancas, temeroso a que pudiera perder su oportunidad y que la piedrita desapareciera. Y así siguió el callejón por mucho tiempo, siempre buscando algo, pero encontrándose a cada vuelta con el mismo paraje: paredes blancas y ventanas altas, cerradas y silenciosas.

—Alejandro Giraldo

[continúa en el próximo número de González]

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Susana Vargas

Eco Infinito

Llovía. Afán, mucho ego en los carros, miradas preocupadas, ruido, los pitos de los carros (sobrepasaron el sonido del agua cayendo), -pitos, pitos, pitos... No logro recordar que pasó con exactitud, pero dejamos a un hombre tirado en el piso: lo atropellamos. -Pitos, pitos, pitos- mucha angustia, mucha rabia, mucha molestia, mucho estrés... me sentía muy insegura, mi cuerpo temblaba. Bajé del carro y ya no llovía, los carros dejaron a un lado el ruido, por fin había silencio. Lo ayudé a levantarse, le dí mi mano. Él, con una mirada muy profunda me sonrió; tenía una sonrisa grande, el pelo corto, negro y liso, la piel morena, unas cejas grandes negras, rasgos muy fuertes, pero los ojos tenían una tranquilidad infinita: llevaba una sonrisa pura en su mirada. Nos subimos los tres al carro, simplemente olvidamos lo que pasó y nos invitó a su frutería.

Era la frutería más grande que he conocido, muchos colores, mucha paz. El recuerdo gris del tráfico y el ruido que inundaba las calles fueron borradas por millones de colores y un silencio apacible.

“Aún existe un eco de luz, ese eco infinito en dónde podemos respirar armonía, equilibrio y tranquilidad”, así lo dijo exactamente, sonrió y siguió ordenando unos bananos. Dejé de ser por la mañana, por la tarde y por la noche, el día se volvió uno. No nos dijo pero sabíamos que el hacía parte de un legado Inca. Sus ojos tenía una expresión increíble... una expresión de pura felicidad.

Después de un recorrido y de conocer ese lugar mágico lleno de colores, nos preguntó cómo caminábamos... pero no hubo respuesta; él con la sonrisa con que pronunciaba cada palabra, dijo que caminaba sin pensar. “Camino sólo sintiendo, sintiendo cada parte de mi cuerpo, cada movimiento, sintiendo la vibración que

genera cada paso, sintiendo diferencias entre un paso y otro, sintiendo el aire jugar con los dedos de mis manos, sintiendo cada parpadeo... sintiendo cada respiración, cada latido, cada mirada.... Simplemente sintiendo.”

Nosotros simplemente sonreíamos, era imposible no hacerlo.

Nos preguntó qué miramos cuando caminamos: algunas palabras se cruzaron, pero queríamos saber su respuesta. “Miro lo que tenga que mirar, dejo que mis ojos me guíen, sin afán por entender las cosas. Pero miro con el corazón, es cómo si mis ojos fueran otros dos pequeños corazones, miro sin juzgar, miro cada detalle amando y sin dejar que me invadan otras preguntas y prejuicios, miro al corazón de cada persona con la que cruzo miradas; simplemente miro y sonrío.”

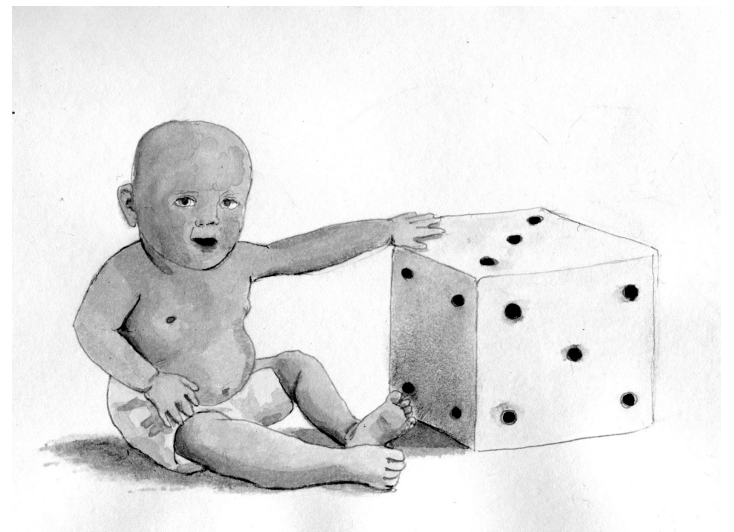
Nos preguntó cómo miramos a los seres con los que compartimos este planeta; después de un largo silencio, y de intentar encontrar las palabras para responder, él con su expresión indescriptible respondió, “en cierta forma todos somos colores, y en el cosmos los colores nos unen, son la esencia de cada vibración energética, ¿por qué acá no?... Es por la forma en la que miramos, se trata de no buscar extremos, pues no los hay, asimismo no existen opuestos, sólo son colores y cada uno es particular, diferente y tiene su propio tono. Hacemos parte de un legado lleno de luz, lleno de colores... Simplemente mira, respeta y siente cada tono.”

El silencio invadió todo. Yo aún sentía muchas ganas de hablar, de aprender, de conocer, pero está vez, el silencio era mejor. Lo disfrutamos, sentimos que era algo diferente... y sentí una sonrisa profunda, mi corazón se estaba riendo, sonriendo como nunca, estaba respirando de ese eco infinito.

Sonó mi despertador. Abrí los ojos. Ya no existía ningún rostro, ningún lugar lleno de colores, todo estaba oscuro, hacía frío, uno que otro pito. Sentí una pequeña molestia en mis mejillas... Aún seguía sonriendo.

—Susana Vargas

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Juan Mejía



Casa 53*76

Abierto

Martes a Domingo

12 am * 12 pm



www.53-76.com

Cra 6 n° 53*76

10%

De descuento
Presentando tu
carnet de estudiante
de la Universidad
de los Andes

Se cuenta que el filósofo Ludwig Wittgenstein se encontraba en la estación de Cambridge esperando el tren con una colega. Mientras esperaban se enfrascaron en una discusión de tal manera que no se dieron cuenta de la salida del tren. Al ver que el tren comenzaba a alejarse Wittgenstein echó a correr en su persecución y su colega detrás de él. Wittgenstein consiguió subirse al tren pero no así su colega.

Al ver su cara de desconsuelo, un mozo que estaba en el andén le dijo:

—No se preocupe, dentro de diez minutos sale otro.

—Usted no lo entiende— le contestó la colega de Wittgenstein. —Él había venido a despedirme.

“Todo se cura con agua salada: con sudor; con lágrimas o con el mar.”

—Isak Dinesen